

Política económica

y realidad social en Colombia,
una crisis: ¿pero cuál de tantas?

Dario Fernando López*

«Lo que ocurra en Latinoamérica va a depender de los latinoamericanos exclusivamente».

Samuelson

Colombia está en crisis. A menudo se lee este titular en los diversos medios de comunicación, tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo, el verdadero concepto de la crisis por la cual está atravesando el país es demasiado amplio, involucra aspectos de tipo macroeconómico como la política fiscal y monetaria, diseñada por el gobierno, y a ellas se unen las relaciones microeconómicas de los agentes de producción.

Para comprender el comportamiento de un sistema es necesario conocer y establecer las variables que en él intervienen. Es lógico imaginar lo complejo que resulta el funcionamiento de un país. La teoría económica ha evolucionado durante años y ha propuesto diferen-

tes esquemas en los cuales un país puede aprovechar sus ventajas y alcanzar ciertos niveles de bienestar y equilibrio que se traducen en óptimos resultados económicos. La población es quien siente el verdadero efecto de cualquier cambio en alguna de las variables concebidas por el esquema económico de una nación.

Los verdaderos efectos de las políticas sociales y económicas han venido resintiéndose paulatinamente el ingreso de las familias, las cuales han llegado al límite máximo de la banda y exigen un cambio, un ajuste que permita satisfacer efectivamente las necesidades básicas. Que, si se promueve la vivienda, salud, educación, entre otras, se logre efectivamente col-

* Economista y Administrador de Empresas. Especialista en Finanzas. Docente Formulación y Evaluación de Proyectos, Juegos Gerenciales, Control de Gestión.

mar las expectativas de las familias y no se den “palmaditas” en la espalda o se argumenten clichés repetitivos acerca del positivismo. Una cosa es el optimismo y otra muy diferente es el sofisma de distracción que pretende mantener el Estado, aquel que impide ver los problemas más apremiantes de la población y cohibe a las personas a opinar a favor o en contra del sistema.

Es absurdo que a menos de un año de iniciar el próximo milenio, el Estado colombiano continúe con una exagerada desarticulación en sus entidades y un gasto público que cada día consume más y produce menos, en comparación con el dinamismo que aparentemente pregona. La «crisis fiscal» carcomió al Estado, empujándolo a las liquidaciones en favor de la «iniciativa privada» (y a menudo extranjera); los problemas sociales y ambientales parecen estar escapando a todo control. Como era de esperarse la perspectiva es 100% economicista: el Estado, como competidor del capital corporativo, como abastecedor de bienes y servicios o como gendarme y regulador del mercado y de la propiedad donde la fuerza reside en la capacidad de imponer tributos, de prohibir, castigar y exigir participación.

Los programas contra la pobreza no están orientados a erradicarla sino a amortiguarla. El tema del trabajo, ocupa un lugar reducido en la agenda. Se hace mención a los salarios «faltos de realidad». La mayoría de los traba-

jadores en el país están comenzando a experimentar los costos de la migración global, la fuerza laboral está en movimiento perpetuo en busca de sustento y el Estado no tiene nada que vigilar.

¿Cómo se plantea un país «competir internacionalmente en una economía globalizada», como se señala en casi todos los programas de gobierno, con hogares que no logran los recursos para alimentarse adecuadamente, con una fuerza de trabajo cuyas coberturas en educación básica están descendiendo, con trabajadores que se ven obligados a inventarse su empleo?

El Estado colombiano debería intentar reproducir las diversas prácticas a nivel micro, es decir, más trabajo en equipo, más capacitación, más mecanismos de compensación basados en el rendimiento, etc., y quizás estas innovaciones a nivel micro necesitan ser apoyadas por instituciones fuertes de representación laboral y gobierno corporativo para evitar las cada vez mayores disparidades provocadas por más modelos de ajuste ad-hoc, poco sistemáticos y a nivel micro.

Colombia debe crecer y modernizarse doblegándose al paradigma de la política. La «evidencia empírica» señala que el éxito o fracaso depende de si se abrazan o no las reglas del juego: apertura total a la economía mundial y adopción de «buenas» políticas que promuevan la estabilidad macroeconómica.